

§ CCLIV.

*Lucha de la escolástica y de la mística. — Abelardo. — Gilberto Porretano. — San Bernardo.*

FUENTES. — Ep. *Abael. et Heloisae*, sobre todo ep. I; de *Historia calamitatum suarum*; introductio ad theol. lib. III. (*Abaelardi et Heloisae*, op. ed. *Du Chesne*. Par. 1616, in 4; ed. *Amboise*, 1606 y 1626). *Theol. Christ.* lib. V. (*Martene*, *Thes. anecdot.* t. V). *Ethica*, sive liber: *Scito te ipsum.* (*Pezii*, *Anecd.* t. III, P. II). *Dialog. inter philosoph. Judaeum et Christian.* (*Abael?*) ed. *Rheinwald.* Berol. 1831. — *Sic et Non. Dialectica.* (*Victor Cousin*, obras inéditas de Abelardo. Par. 1836, en 4.º). *Abaelardi Epitome theol. christ.* ed. *Rheinwald.* Berol. 1835.

Tocante á la vida de Abelardo, véase *Histor. literaria de la Francia*, t. XII, (*Schlosser*, *Abelardo y Dulcino, ó Vida de un soñador y de un filósofo.* Gotha, 1807).

La lucha empezada entre Berenger y Lanfranco, continuada entre Roscelin y Anselmo, esto es, la lucha de la teología especulativa contra la teología positiva, ó mas bien contra la fe, como fuente de toda luz, siguió entre Abelardo y san Bernardo, bajo una forma mas sábia, y fue la guerra de la mística y de la escolástica. Abelardo se presenta en la arena como un verdadero caballero para defender la escolástica. Nació en Palais, cerca de Nantes, en 1079, de una familia noble: en las lecciones de su padre adquirió el gusto de la ciencia, á la que se dedicó con un entusiasmo, que su primer maestro Roscelin aumentó todavía. Sintióse Abelardo con una marcada predilección por la dialéctica, pasó á oír á Guillermo de Champeaux (*Guil. à Campellis*), que era el dialéctico mas acreditado de su tiempo, que defendía la causa de la ciencia contra los nominales, de la propia manera que Anselmo había defendido contra los mismos la enseñanza de la Iglesia. El nuevo discípulo no tardó en aventajar á su maestro; orgulloso con los buenos resultados y lleno de ambición, fundó una escuela en Melun, á donde los oyentes acudieron en tropel. Un trabajo excesivo le obligó á abandonar la Francia por algun tiempo. Guillermo de Champeaux se habia retirado á la abadía de San Víctor, cerca de París, donde enseñaba la retórica y la dialéctica; allí tuvo de nuevo por

discípulo á Abelardo, el cual rompió prontamente y de nuevo con él, y dejó curiosos pormenores acerca las causas de este rompimiento.

Guillermo de Champeaux sostenía que los universales estaban esencialmente contenidos en todos los individuos, de tal manera, que los individuos no eran esencialmente diferentes entre sí, sino que se diferenciaban tan solo por el número de sus accidentes. Con el tiempo, Guillermo modificó su opinion; despues de una disputa con Abelardo, enseñó que lo universal está en cada cosa, no en cuanto á la esencia, sino en cuanto á la idea. Entre los dialécticos, la cuestion de los universales fue siempre una de las mas graves; y en el hecho es tan difícil, que Porfirio en sus *Isagogias*, no atreviéndose á resolverla, se contentó con decir: Es un punto muy espinoso. Con todo, así que Guillermo hubo cambiado, ó mas bien, se vió precisado á cambiar de opinion sobre este punto, casi no tuvo mas oyentes; como si toda la dialéctica descansase sobre la cuestion de los universales<sup>1</sup>.

Abelardo abrió de nuevo su escuela en Melun; despues en 1115 la transportó á la montaña de Santa Genoveva en París, con lo que privó á Guillermo de todos sus discípulos. El amor que profesaba el Breton por su madre, que deseaba hacerse religiosa, le obligó á abandonar momentáneamente á sus discípulos. Habiendo Guillermo sido nombrado en su ausencia obispo de Chalons, Abelardo no tuvo campo bastante vasto para su gloria, y se fué á oír las lecciones de Anselmo de Laudun, célebre teólogo de Laon. Muy luego se creyó superior á este nuevo maestro; y lleno de confianza en sí mismo, ofreció, despues de solo un día de preparacion, un curso sobre Ezequiel, uno de los mas difíciles profetas. En esta ocasion, Anselmo se manifestó no menos envidioso que Guillermo de Champeaux, lo que obligó á Abelardo á pasar de nuevo á París, en donde fue el mas célebre maestro de dialéctica y de teología. Entonces, por su desgracia, trabó amistad con el canónigo Fulberto y su sobrina. Abelardo olvidó lo que debía á su alta posicion y á la confianza del tio; y Heloisa lo que debía al pudor virginal. Llevando hasta el delirio su entusiasmo por su amante, no quiso ser su esposa, prefiriendo

<sup>1</sup> *Histor. calamitat.* en *Schlosser*, *Abelardo y Dulcino*, etc.

verle figurar entre los jefes de la Iglesia. Fulberto y sus parientes se creyeron despreciados por Abelardo, y se vengaron con una indigna vileza. El desgraciado fué á ocultar su confusion y su dolor en el convento de San Dionisio; y Heloisa tomó el velo en 1119. Con todo, los ardientes votos de la juventud académica hicieron que el maestro subiese de nuevo á la cátedra. Entonces los mismos escolásticos, sobre todo Alberto y Lotario de Reims, tuvieron celos por sus buenos resultados, mientras que los místicos creyeron advertir que Abelardo no trataba con bastante respeto los divinos misterios. El concilio de Soissons condenó su *Introduccion á la teología*, á causa de muchas proposiciones heréticas sobre la Trinidad, y le desterró á un convento. Necesaria fue la universal simpatía que Abelardo excitaba, para lograr que el legado del Papa le permitiese volver á San Dionisio. Aun allí, habiéndose atrevido á sostener que Dionisio, obispo de París, no era el mismo que Dionisio el Areopagita, los frailes le persiguieron con furor, y le obligaron á buscar un refugio en la soledad de Nogent. Sus discípulos le siguieron; se construyeron allí cabañas, y le edificaron un monasterio, al que Abelardo llamó Paraceto, en memoria de los consuelos que allí había hallado en su penosa situacion. Perseguido en su nueva morada, lo abandonó á su Heloisa; y la tradicion poética referente á este monasterio lo conservó hasta 1593. Abelardo aceptó las funciones de abad en San-Gildas-de-Ruys en la Bretaña; pero, habiéndose esforzado en vano durante diez años para reformar los religiosos que tenia á sus órdenes, fué de nuevo á Paris de catedrático de teología en 1136.

Entonces fue cuando entró en liza con él el hombre mas popular de su tiempo. San Bernardo, alentado por el célebre místico Guillermo de Thierry y por san Norberto, al atacar á Abelardo le echaba en cara principalmente el confundir la enseñanza religiosa con la de la filosofía<sup>1</sup>. Tambien era acusada de herética su *Teología cristiana*, igualmente que una redaccion nueva de su *Introduccion* ya condenada; y se decia, finalmente, que así él como su escuela profanaban las cosas sagradas con el furor de las

<sup>1</sup> *Bernardi* ep. 188-89 ad cardinal.; ad Innoc. de errorib. Abaelardi. Apología de Abelardo, ep. 20. (Op. p. 330 sq.).

disputas que la caracterizaba. San Bernardo fue invitado á tomar parte en una discusion pública con Abelardo; accedió á ello con pena, y pasó á Sens en 1141. Su adversario fue condenado; y, aunque apelase de ello al Papa, y se dirigiese ya á la ciudad eterna, sucedió que fue condenado á perpétua reclusion, á causa de los informes que el Santo envió á Roma. Pedro el Venerable, abad de Cluny, recibió á Abelardo con una bondad paternal; miró como un verdadero triunfo para la Iglesia la fervorosa piedad que manifestó Abelardo en sus últimos dias, y llegó á reconciliarle con san Bernardo. Abelardo, pues, tuvo la felicidad de morir en la fe ortodoxa y con toda su gloria en 1142. El abad de Cluny reunió su cuerpo al de Heloisa<sup>1</sup>, y sus contemporáneos le honraron con este magnifico epitafio: *Ha sabido cuanto el hombre puede saber.*

Además de los errores de Abelardo, que ya llevamos señalados, se engañó tambien de una manera extraña al trastocar las relaciones de la ciencia y de la fe, y sostener contra san Anselmo, que el hombre debe llegar á la fe por la ciencia; porque el verdadero principio del conocimiento, la verdadera llave de la sabiduría, es la duda<sup>2</sup>. Apelaba de ello á Aristóteles; atribuía á la dialéctica una plena autoridad sobre todos los dogmas de la Iglesia; y con este procedimiento lógico llegaba, como Aristóteles, no á la verdad, sino á la verosimilitud. En virtud de este principio, por el cual se tiene que poner en duda todo cuanto necesita pruebas, empezaba por cambiar en problemas todos los dogmas, que luego se tenian que demostrar. Hacíalo citando, en pro y contra de la verdad que se discutia, una multitud de pasajes sacados de los Padres y de la sagrada Escritura que parecian contradictorios, y

<sup>1</sup> *Petr. Ven. Ep. ad Helois. et Helois ad Petrum.* (Abaelardi opera, p. 337 sq.).

<sup>2</sup> Con todo decia Abelardo, *Epitome theol. christ. c. 2*: «Ac primum de fide quae naturaliter caeteris prior est, tamquam honorum omnium fundamentum.» Es mas explicito todavia en su *Introduc. in theol. lib. II*; pero muy luego se apartó de estas ideas para sostener: «Haec quippè prima sapientiae clavis definitur; assidua scilicet seu frequens interrogatio; — *dubitando* enim ad inquisitionem veniemus.» (In *Sic et Non*, prolog. sub fin. p. 16, *Cousin*, l. c.). «*Quod fides humanis rationibus sit adstruenda.*» (Ibid. p. 17-22). *Staudenmaier*, *Filos. del cristian. t. I*, p. 609.

no daba solución alguna; tal fue su notable tratado del *Sic et Non*. Con esto Abelardo quería despertar la duda científica. El proceder de Anselmo le parecía el método de los débiles de espíritu. Sobre todo, pareció chocante la definición que dió de la fe. Creer, decía, es tener por cierto lo que no se ve. Su explicación de la Trinidad se diferenciaba poco del Modalismo de Sabelio. Este sienta la mónade como la Divinidad eterna, que se manifiesta bajo las formas de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Abelardo consideraba al Padre, ó mas bien á la Paternidad (*Paternitas*), como la primera y suprema Divinidad, que se desarrolla en el Hijo y en el Espíritu Santo, de modo que el Padre y el Espíritu nada son en ellos mismos (*aliae verò duae personae nullatenus esse queant*), y que solo el Padre es y existe por su relación con el mundo y por manifestarse en el mundo. Finalmente, san Bernardo combatía otra proposición de la *Ética* de Abelardo, que parecía errónea, y según la cual parecía pretender que el pecado consistía solo en la voluntad perversa, y no en la misma obra; porque en el hecho, Abelardo veía el mal en la individualización del espíritu y en su unión con las cosas sensibles. ¡Qué inmensos servicios no hubiera podido Abelardo prestar á la Iglesia, si hubiera sido mas humilde y prudente en el uso de su talento y de su erudición!

Gilberto de la Porrée (*Porretanus*), primer catedrático de teología en París y luego obispo de Poitiers, muerto en 1154, empleó las sutilezas de la dialéctica hasta en la predicación. Sus especulaciones lógicas sobre la santísima Trinidad hicieron que sus dos arcedianos Arnoldo y Calón le denunciasen á Eugenio III y á san Bernardo<sup>1</sup>. Cuando Eugenio pasó á Francia, Gilberto compareció primero en París en 1147, y luego al sínodo de Reims en 1148. Se descubrieron diferentes errores nominalistas en su comentario de la obra de Boecio sobre la Trinidad, por lo que fue acusado de Triteísmo. Efectivamente, establecía una distinción entre Dios y el Ser divino, sosteniendo que se había hecho hombre la segunda Persona, y no la naturaleza divina. Después de haber escuchado estas largas y equívocas explicaciones, Eugenio III le dijo con la mayor sencillez: «Querido hermano, ¿creéis ó no que el ser en que

<sup>1</sup> Sobre todo á causa de su *Commentar. sobre Boethius de Trin.* *Mansi*, t. XXI, p. 728 sq.; *d'Argentré*, l. p. 39 sq.

«reconocéis tres personas es Dios?» Gilberto, á causa de la palabra *Ser*, contestó negativamente; pues, según él, las tres personas eran *tria singularia*. San Bernardo, después de haber discutido largo tiempo con él, y en vano, concluyó por redactar una confesión de fe sobre los puntos debatidos. La envidia de los cardenales hizo que Gilberto no la firmase, y Eugenio se contentó con la promesa de Gilberto, de que no mezclaría mas el Nominalismo en la enseñanza de la Trinidad.

### § CCLV.

*Tentativas para detener los desvíos de la especulación.* — Roberto Pulleyn. — Pedro Lombardo, Hugo y Ricardo de San Víctor.

FUENTES.—*Alb. Leibner*, Hugo de San Víctor y la tendencia teológica de su siglo. Leipzig, 1832. *Engelhardt*, Ricardo de San Víctor y Juan Ruysbroek. Erlangen, 1839. Compárese su *Hist. del dogma*, lib. II, p. 14.

Todos estos errores y disputas hicieron conocer cuán necesaria era la prudencia en las especulaciones filosóficas y teológicas. Por esto Roberto Pulleyn (*Robertus Pullenus*) sucesivamente catedrático de teología en París y en Oxford, y después canciller de la Iglesia romana, muerto en 1153, volvió á esta doctrina de san Anselmo, que mas bien se tenía que partir de la fe para llegar á la ciencia, que de la ciencia para llegar á la fe. Pulleyn la expuso con mas fuerza que nunca, apoyándose en consideraciones teóricas y en la autoridad tradicional de los santos Padres, y, cosa notable, empleando la forma silogística en la exposición de las pruebas y de las objeciones. San Bernardo ensalzó la pureza de sus doctrinas.

Pedro Lombardo marchó mas decididamente en este camino. Era natural de Novara en Lombardía, hijo de padres pobres; pero considerando sus felices disposiciones un hombre de bien, le envió á Bolonia para recibir una educación liberal. Mas tarde fue recomendado á san Bernardo, que le hizo colocar en la escuela de Reims, y concluyó sus estudios bajo la dirección de Abelardo, después de haberse familiarizado de una manera especial con los Padres de la Iglesia, san Hilario, san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín. A su

vez, enseñó la teología en París, y allí compuso el célebre Manual dogmático que por tantos siglos fue estudiado y comentado (*lib. IV Sententiarum*, 1140), que él mismo compara humildemente al óbolo que la viuda echó al tesoro del templo. Pedro Lombardo, á pesar de seguir las huellas de los Padres, conservó una verdadera originalidad en su método de exponer, igualmente que en sus investigaciones, y asoció la moderación mas grande á una erudición y sagacidad poco comunes <sup>1</sup>.

La división de su obra descansa sobre la que adoptó san Agustín cuando distinguió todos los objetos de nuestros conocimientos en dos grandes clases: las *cosas* y los *signos*. Las cosas se subdividen: se goza de las unas, y se echa mano de otras (*frui et uti*). Las primeras nos hacen felices; las últimas contribuyen á hacernos obtener la dicha. Gozar, según Lombardo, es aficionarse á una cosa por amor de sí propio. Los sujetos capaces de esta afición son los Ángeles ó los hombres. Servirse de un objeto es emplearlo para alcanzar aquello de que se desea gozar. Luego el ser de que hemos de gozar, es Dios, la Trinidad; aquello de que hemos de valernos para lograr este goce, es el mundo. La doctrina, pues, se divide naturalmente en dos partes: 1.<sup>a</sup> la Trini-

<sup>1</sup> *Pétr. Lombard. Sententiar. lib. IV. Ven. 1477; ex rec. J. Aleaume. Lovan. 1546. Antv. 1647.* En los principios de divisiones arriba indicados trata: en el libro I, de Dios, de la Trinidad; en el lib. II, de la creación y de las relaciones de la criatura con Dios; en el lib. III, de la redención, de la fe, de la esperanza y de la caridad; de los siete dones del Espíritu Santo; de las virtudes y de sus relaciones entre sí; del pecado; en el lib. IV, de los Sacramentos y de las postrimerías. Pedro manifiesta sus tendencias principalmente en el prólogo: «*Quo (zelo domus Dei) inardescente, fidem nostram adversus errores carnalium atque animalium hominum Davidicae turris clypeis munire, vel potius munitam ostendere, ac theologiarum inquisitionum abdita aperire, nec non et sacramentorum ecclesiasticorum pro modulo intelligentiae nostrae notitiam tradere studuimus. — Lucernam veritatis in candelabro exaltare volentes, in labore multo ac sudore hoc volumen (Deo praestante) compegimus, ex testimoniis veritatis in aeternum fundatis, in IV libros distinctum. In quo majorum exempla doctrinae reperiunt, in quo per dominicae fidei sinceram professionem viperae doctrinae fraudulentiam prodidimus, aditum demonstrandae veritatis complexi, nec, periculo impiae professionis incerti, temperato inter utrumque moderamine utentes. Sicubi vero patrum vox nostra insonuit, non à paternis discessit limitibus.*» Si se desea un resumen de toda la obra, consúltese *Raumer*, t. VI, p. 251-278.

dad; 2.<sup>a</sup> el mundo y sus relaciones con Dios (la teología y la cosmología). Los signos son sacramentos <sup>1</sup>. En cuanto al método, expone la enseñanza de la Iglesia sobre cada punto, lo apoya con pasajes sacados de la sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia; despues añade algunos pensamientos, algunas miras mas profundas sobre las objeciones y opiniones de los contemporáneos; y finalmente resuelve las cuestiones por la autoridad, sobre todo por la de san Agustín, y por argumentos sacados de la razón.

La opinión pública llevó á Pedro Lombardo al obispado de París en 1159. Un partido numeroso queria para esta plaza al príncipe Felipe, hermano del Rey de Francia; pero desde que este oyó hablar de Pedro Lombardo, se retiró respetuosamente de las filas. El nuevo Obispo conservó tan bien su sencillez, que habiéndosele presentado su madre, pobre paisana de Italia, con magníficos vestidos, Lombardo no quiso reconocerla ni manifestarle su respeto filial, hasta que compareció con su habitual traje. Poco despues de su muerte, acaecida en 1164, Hugo, arzobispo de Sens, escribió al cabildo de París el pésame, diciendo: «He perdido una parte de mi alma, el apoyo de mi juventud, el consolador, el maestro de mi vida.»

Alano de Russel (*ab Insulis*) dió una forma todavía mas sistemática <sup>2</sup> á la enseñanza de la teología. Parecía que su pensamiento se reducía á hacer de ella una serie de axiomas geométricos, apoyados en un primer teorema. Á su modo de ver, toda especie de especulación solo podia servir para disponer á la fe. Alano, en un principio (1128), habitó en el monasterio de San Bernardo, luego fue abad de Rivour, concluyó por ser obispo de Auxerre, y murió en 1202. Dedicó su obra al papa Clemente III.

Se procuró conciliar las dos tendencias teológicas de la época en la abadía de San Víctor, fundada en París por Guillermo de Champeaux, de la cual Hugo y Ricardo de San Víctor fueron los escritores mas distinguidos y mas útiles. El primero, amigo

<sup>1</sup> Cf. lib. I, distinctio I.

<sup>2</sup> *De arte sive articulis fid. cath. lib. V. (Pez, Thesaur. anecdot. noviss. t. I. Aug. Vind. 1721, in fol.); lib. II, contra judaeos et mahometanos, ed. Masson. Par. 1612.*

de san Bernardo, y del cual ya tenia parte de su doctrina Pedro Lombardo, descendia de los condes de Blankembourg, y nació en Halberstadt en 1097. Reinhardo, obispo de Halberstadt, lo hizo educar entre los canónigos de san Agustin, y el jóven Hugo se esforzó en adquirir allí conocimientos sólidos y variados. «Puedo asegurar, escribia, que nada desdeñaba de cuanto podia servir para instruirme; hasta aprendí una gran porcion de cosas de que los otros se habrian burlado.» Contra el gusto de sus padres se decidió por el claustro; y para extender sus conocimientos, se fué á la abadía de San Víctor. En este retiro, Hugo se dedicó únicamente á la teología y á la contemplacion. Aunque ninguna parte tomó en los negocios públicos, con todo se interesaba en las cuestiones que se agitaban en su tiempo. Nada pudo hacerle aceptar en su monasterio la dignidad de prior ó de abad. Murió en la flor de su edad en 1141. Los honrosos renombres que le dieron sus contemporáneos prueban el aprecio en que era tenido (*alter Augustinus, lingua Augustini, didascalus*). Sostuvo con atrevimiento la lucha ya antes suscitada contra Abelardo por Guillermo de Champeaux. Su celo por la doctrina sostenida por Guillermo de Champeaux en la propia abadía contra Abelardo, explica sus frecuentes y amargas quejas sobre las extralimitaciones de la filosofia en el dominio de la teología, y sus vivos esfuerzos para encerrarla dentro de sus verdaderos límites. Hugo, dotado maravillosamente por la Providencia, reunia á un sentimiento profundo una imaginacion brillante, y á una razon recta una voluntad inflexible. Sobre todo, es idealista; y de ahí viene la elevacion general de sus ideas, la penetracion con que descubre, la firmeza con que desecha todo pensamiento vano, comun ó vacío; de ahí su moderacion, y la aversion por el espíritu de disputa y de contencion. Merced á todas estas calidades logró su ardiente deseo de conciliar las dos grandes tendencias teológicas de su tiempo<sup>1</sup>. Como verdadero hombre de su siglo, amaba Hugo con pasion la ciencia y la filosofia. Quien busca la ciencia, decia, tiene el mayor consuelo de la vida; quien posee la ciencia es santo; pero

<sup>1</sup> Consúltese sobre todo Didascalia, de More dicendi et meditandi, Summa sententiarum, de Sacram, fidei chr. lib. II (lib. I, en 12 secciones, lib. II, en 18.); opp. Rouen, 1648, 3 t. in fol.

conviene que la ciencia reuna la práctica á la teoria<sup>2</sup>, que se apodere de todo el hombre; y, de hecho, la mayor parte de los sábios de la edad mediá fueron á la vez hombres de gran carácter y de una moralidad irreprochable. Bajo el punto de vista científico, el monje de San Víctor se adhiere á la escuela de los Agustinos y Anselmos, y bajo el punto de vista místico, á san Bernardo, aunque de una manera que le es propia. Por fin, siente la importancia del método en las investigaciones científicas, y en el estudio concienzudo de la sagrada Escritura y de la *patrologia*, como lo prueban sus numerosos comentarios sobre casi todos los libros de la sagrada Escritura.

La *Suma de las Sentencias* de Hugo merece una particular atencion. Verosímilmente fue publicada hácia el año de 1130, despues de haber ya sido dada á luz como obra de Hildeberto, obispo de Mans, bajo el titulo de *Tractatus theologicus*. Presenta ya, y mucho antes que Lombardo, un sistema casi completo de los dogmas cristianos<sup>3</sup>. Luego, como los dogmas son el objeto de la fe, que á su vez comprende toda la enseñanza de la Iglesia, el autor investiga en primer lugar, siguiendo á los Padres de la Iglesia, cuál es esta enseñanza; despues cuáles son las relaciones de la fe cristiana con la razon, con la revelacion, con la fe en el Antiguo Testamento, y con las opiniones de los filósofos. Despues de haber expuesto así el *Credo*, y tratado de las dos virtudes teológicas, sigue en la exposicion de los dogmas, á corta diferencia el

<sup>2</sup> «Hoc utinam ego tam possem subtiliter perspicere, tam competenter enarrare, quam possum ardentius diligere; delectat nempe me, quia valde dulce et jucundum est de his rebus frequenter agere, ubi simul ratione eruditur sensus et suavitate delectatur animus, et aemulatione excitatur effectus.» Aca-so pensaba en *Aug.* de Catechizandis rudibus, c. 2.

<sup>3</sup> Por este tiempo fue preciso dar análisis mas racionales y mas completos de los escritos de los primeros Padres, como ya habia sucedido con las colecciones de derecho canónico, redactadas por Burchardo de Worms, Ivo de Chartres y otros. Se estudió mas particularmente Orígenes (*de Principiis*); san Agustin (*Enchiridion*, et lib. I de Doctrina christiana); san Isidoro de Sevilla (*Sententiar.* lib. III); san Juan Damasceno (*de Fide orthodox.*). En el monasterio de San Trudon se pensó desde fines del siglo XI, en una Suma teológica llevada á cabo por el abad Rodolf. La de Guillermo de Champeaux no se ha publicado aun. Luego viene *Abaelardi* *Introductio in theol. christ.*; finalmente el sistema de Lombardo, y el de Hugo de San Víctor.

orden del Símbolo, según el método que ya hemos indicado hablando de Pedro Lombardo. En una obra importante que publicó evidentemente mucho más tarde (*de Sacramentis*), Hugo, más sistemático todavía, trata el conjunto del dogma de una manera mucho más extensa, más regular y completa, y se dedica, mucho más que en su *Suma*, al desarrollo histórico de la doctrina sagrada <sup>1</sup>.

Ricardo de San Víctor, natural de Escocia, prior de su convento desde 1162, perpetuó el espíritu conciliador de su maestro Hugo. Inferior á este en la profundidad del sentido filosófico y del sentimiento místico, le aventaja en la forma más clásica de sus escritos; su *Tratado sobre la Trinidad* es un modelo de claridad, solidez y precisión. Sin embargo (hace notar él mismo) á veces se ve precisado, cuando las palabras le faltan, ya á ensanchar, ya á reducir su valor, según las necesidades del momento. Lo que le pertenece exclusivamente es la tentativa de orientarse científicamente en el misticismo <sup>2</sup>, alejándose á la vez del método puramente intelectual, que conduce á la teología especulativa, y del método meramente práctico, que funda la teología mística. Murió en 1173.

Mientras que Ricardo y Hugo hacían los más nobles esfuerzos para conciliar todos los métodos, como Pedro Lombardo había ensayado de conciliar la teología especulativa y la positiva, Gauthier de San Víctor, sucesor de Ricardo, dió luego el ejemplo de una intolerante parcialidad, desacreditando á los cuatro primeros escolásticos del tiempo, representando sus obras como laberintos del espíritu humano (1180 <sup>3</sup>). Felizmente su exageración era demasiado eviden-

<sup>1</sup> Si se desea un análisis más completo y más exacto, V. *Liebner*, p. 349-484, y *Bossuet-Cramer*, P. VI, p. 791-838.

<sup>2</sup> Sus escritos pueden dividirse en tres clases: 1.º Tratados sobre la contemplación y sus condiciones previas (de Statu interior. hom.; de Praeparat. animi ad contemplat.). (Benjamin minor.) de *Gratia contemplat.* (Benjamin mayor.); 2.º Tratados sobre la Trinidad; 3.º Trabajos de explicación sobre los diferentes libros de la sagrada Escritura. Consisten sobre todo en explicaciones de las dificultades del texto. Opp. Rouen, 1640. Cf. *Engelhardt*, l. c. p. 301.

<sup>3</sup> Contra quatuor labyrinthos (*Abaelard., Petr. Lombard., Petr. Pictav., Glib. Porretan.*). Hay un análisis de ello en *Bulaei Hist. acad. Par. t. II*, p. 200, 402, 362, 629 sq.

te para que produjese una profunda impresión. Juan de Salisburi fue más moderado en el juicio que hizo de los escolásticos. Había estudiado sucesivamente bajo la dirección de Abelardo y Guillermo de Champeaux, participando de los padecimientos del gran Tomás Becket, y concluyó por ser arzobispo de Chartres, y murió en 1182. Tenía un espíritu cultivado, pero poco propio para especulaciones profundas; sin embargo, apreciaba la filosofía, y la recomendaba al observar la influencia moral y práctica que ejerce sobre el hombre. En sus dos obras tituladas: *Polycraticus* y *Metalogicus* juzga á su siglo, y, bajo el doble respecto de la política y de la ciencia, predice á la escolástica que á fuerza de especulaciones llegará á perder la verdad <sup>1</sup>.

## § CCLVI.

### *Los místicos.*

FUENTES.— Cf. *Schmidt, Gærres, Helfferich*, y arriba § 252.

Va hemos tenido ocasión de citar á san Bernardo con sus amigos y discípulos, que son los verdaderos místicos de estos tiempos. San Bernardo, sin ser enemigo de la ciencia, procura desarrollar en el hombre la conciencia de la verdad más bien por la experiencia íntima de esta verdad, divinamente revelada, que por las investigaciones curiosas de la razón; y, marchando por las huellas de los místicos anteriores, eleva al alma y á la inteligencia por tres grados, hasta la misma fuente de toda verdad <sup>2</sup>. Esta ciencia del todo práctica, esta *gnose* verdadera, este misticismo serio descansa sobre este principio digno de san Juan: *Dios es tan solo conocido cuanto es amado*. Así pensaban y vivían los amigos de

<sup>1</sup> *Joan. Salisberiens.* († 1182) *Polycraticus*, sive de Nugis curialium et vestigiis philosophorum. lib. VIII. Lugd. 1639. *Metalogicus*, lib. IV. Lugd. 1610; ep. 303. (Max. Bibl. PP. t. XXIII, p. 242).

<sup>2</sup> Hélos aquí: *Consideratio; dispensativa*, sensibus utens ad promerendum Deum, — opinio; *aestimativa*, quaeque scrutans ad investigandum Deum, — fides; *speculativa*, qua homo se in se colligit, excessus, ascensus, ad contemplandum Deum, contemplatio intellectus seu rei invisibilis certa et manifesta notitia.